

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Alberto Bellucci, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Augusto Zampini, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Editorial	3
Francisco Leocata Límite y libertad. Consideraciones sobre una tesis de Hegel y la actualidad	6
Jan-Heiner Tück Enlazado en libertad. Odiseo en el mástil como modelo para el Homo viator	16
Luis Jorge Límites, adultez y temporalidad. Acerca de la importancia del rol adulto para la puesta de límites	32
PERSPECTIVAS:	
Joseph Ratzinger – Benedicto XVI Dones y llamado sin remordimiento	40
Alberto Espezel ¿Aun hoy el pecado original?	62
Hanna-Barbara Gerl-Falkovitz “La incomprendibilidad de Dios llega al corazón”	74

Límites, adultez y temporalidad

Acerca de la importancia del rol adulto para la puesta de límites

—

Luis Alberto Jorge*

Adultez y temporalidad

Erik Erikson, psicoanalista estadounidense de origen alemán, estableció el famoso ciclo vital del desarrollo evolutivo del hombre en sus ya afamadas ocho etapas epigenéticas, cada una con su propio conflicto psicosocial (lo que lo diferenciaba de Freud que pensaba la evolución únicamente a partir de la libido sexual), y con su concomitante competencia que, como fruto específico de ese conflicto, determinaba la evolución del ciclo hacia un nivel superior.

Él define la adultez como generatividad, esto es como el deseo en la edad madura de fundar y guiar a las nuevas generaciones. Cuando un individuo ha cuidado cosas y personas, y les ha dedicado lo mejor de su tiempo y esfuerzo, aceptando pérdidas y derrotas, pero finalmente alegrándose más por el resultado positivo en los otros que por su buena técnica o destreza, se puede decir que se ha transformado en un adulto, y ha alcanzado una cierta experiencia de plenitud. Esto se traduce en la seguridad acumulada del yo con respecto a su tendencia al orden y el significado. Es el fruto, como resultado integrado en una *gestalt*, de las seis etapas anteriores, y la preparación para la última y definitiva, ya de cara a la muerte. A la competencia última alcanzada la denomina integridad, que permite la aceptación de todo el ciclo vital como algo positivo.

Por el contrario, cuando esto no se produce comienza un proceso de estancamiento personal que está ligado a la sensación de no trascender, de no tener ninguna incidencia en el porvenir. Representa los sentimientos de egoísmo, la auto-indulgencia, la codicia, la falta de interés en los jóvenes y las generaciones futuras y el resto del mundo.

Erikson percibió la existencia de un vínculo profundo entre temporalidad y adultez, y dejó reflejada en su obra la enorme trascendencia social para las generaciones futuras en que esta madurez sea alcanzada. El carácter pedagógico y terapéutico del tiempo se deducen de esta visión panorámica del desarrollo psicosocial del hombre. La vivencia simbólica del tiempo, el respeto por su decurso y la percepción de su encadenamiento

* Licenciado en Psicología (USAL) y Licenciado en Teología Dogmática (UCA).

como tradición, recreación actualizada y apertura positiva al porvenir, se vuelve parte esencial de la percepción adulta de la historia. Pero la aceleración del tiempo propia de la modernidad, y la vivencia fragmentada del mismo de nuestra era digital, ha problematizado gravemente la posibilidad de alcanzarla.

La vivencia instantánea de la información digital, la enorme cantidad de datos (Big Data) que hoy puede manejar un procesador, la masividad de su presencia inmiscuyéndose en todos los aspectos de la vida contemporánea –trabajo, ocio y vida íntima, etc.– transforman al adulto de hoy en uno “enterado” pero no verdaderamente informado, uno bombardeado de “vivencias” transparentes que no necesitan ninguna interpretación, y falta de la posibilidad de hacer auténticas experiencias personales. Experimentar supone tiempo, y la lenta exposición a la belleza de las cosas para que nos ofrezcan, como una maravillosa sorpresa, el regalo de una verdad. Sin experiencia propia, y negando el valor de toda tradición –entendida precisamente como la luz de la experiencia histórica de un pueblo– el puro presente se torna en “mera vida”, que hace prácticamente imposible el recuerdo agradecido del origen, así como la apertura en fidelidad creativa hacia el futuro. A esto hay que agregar el fenómeno expandido globalmente en occidente de la juvenilización social de los adultos, sumado a la inusitada precocidad de los más pequeños como temprana pérdida de la infancia. El ciclo vital eriksoniano ha entrado en una profunda crisis.

Adulto es, precisamente, el hombre y la mujer “experimentado”, que ha aceptado el paso del tiempo, y que vive la herencia cultural como una tradición viva que lo enriquece para aportar una respuesta original a las demandas de las nuevas generaciones. Él se sabe vulnerable ante el influjo de los medios, y comprende por su propia experiencia corporal de agotamiento, de aburrimiento existencial, y de tedio, qué crucial es una búsqueda conjunta de una cura específica para los males actuales que nos afectan a todos.

Narcisismo y temporalidad

Si bien cuando pensamos en el tiempo imaginamos un decurso lineal, que corre horizontalmente, no debemos olvidar que la auténtica humanización del tiempo proviene de su revolución vertical por el amor que elige. La libertad cualifica el tiempo, y le da la consistencia de un asentimiento, cuando le decimos que sí a algo que nos regala sentido para seguir avanzando. Joan Garriga, terapeuta español, dice que la salud consiste en transformar noes en síes. Es el sí a los valores esenciales, a la belleza de la vida, al sentido de la lucha y a la apertura de la esperanza, lo que abraza de

sentido al mero decurso, donde *kairos* –como oportunidad– se hace amigo de *cronos* –que ahora adquiere el estatuto de historia–. La enfermedad de nuestro tiempo, que impide la percepción y el desarrollo de este asentimiento esencial para el devenir histórico, se llama narcisismo.

El narcisismo es un trastorno que horada el tiempo en su dimensión vertical, hacia arriba y hacia abajo. El consentimiento se vuelve una *incurvatio in seipsum*, como engrandecimiento del propio yo. No representar una ley que lo abarca a él mismo, y a la que él mismo se sujeta, sino creerse él mismo la ley, eso es psicopatía. Soy el dueño de mi propio tiempo y del ajeno: el estado soy yo, decía un famoso monarca francés. Nada sobre mí, dice el psicópata, y nada debajo de mí, dice el depresivo, ante el vacío de sustento simbólico para dar significado a su recorrido histórico. Así la depresión llega a ser la principal causa mundial de discapacidad, según la OMS, y contribuye de forma importante como uno de los principales factores de morbilidad.

Doble cara de un mismo síntoma social, el narcisismo deja el hombre sin piso y sin techo, desnudo en la soledad de un yo anoréxico de sentido. Los que más sufren su caída y su falsa elevación son las nuevas generaciones, que se quedan vacíos de modelos de identificación que puedan guiarlos en su naciente libertad en desarrollo. Al escenario de la historia, como en un teatro, le faltan los actores principales, y todos se vuelven personajes, como en la obra de Pirandello, en búsqueda de un autor.

Límites y adultez

Los límites los ponen los adultos. Ellos impiden tanto la inversión de las jerarquías necesarias para que todo sistema vivo se desarrolle, cuanto la exclusión de pertenencia de todo miembro del que se pretenda sea olvidado por haber caído en la vulnerabilidad de la vejez, o por la indefensión propia de su falta de desarrollo para defender sus derechos. Esa es la misión esencial de la adultez: recordarnos que hay un encadenamiento generacional que hace responsable, de los ancestros hacia las generaciones posteriores, y de los padres por los hijos, de modo tal que la pérdida de esta linealidad esencial lleva a la enfermedad y a la instalación narcisista de conductas mórbidas que son percibidas ahora dentro de la normalidad.

Todos conocemos la enorme apelación que las nuevas generaciones nos hacen por límites sanos y contenedores. Es un saber que se ha hecho popular por la gran cantidad de contenidos en los medios de comunicación sobre los límites y las graves dificultades que tenemos hoy para ponerlos. Exaltan la evitación de la tan rechazada conducta represiva, no por eso menos ausente,

hija de una “pedagogía negra” de la Europa puritana del siglo XIX, así como la del *laissez faire* abandonónico de tantos padres que han claudicado de su rol de adultos cuidadores.

Si los adultos no respetamos límites en el comer, en el consumo de los medios digitales, en el ideal del enriquecimiento sin medida y en la obscena exhibición de nuestras vivencias más preciadas e íntimas, plantear la puesta de límites pensando primero en los hijos se vuelve un claro error de concepto. O transformamos de alguna manera esta alocada carrera de consumo inmoderado de nuestro tiempo, o la batalla por heredar un cosmos de significado para nuestros hijos se verá impedida o desarrollada con una torpeza tal que en el mejor de los casos se vuelve apelación para nosotros mismos. Tenemos que ponerle un límite a esta situación, no de manera voluntarista e ingenua, sino reencontrando aquellos vectores de la salud que permitan la recuperación de nuestro rol de cuidadores y guías transgeneracionales.

Alimento para el cuerpo y para el alma

La experiencia debería enseñarnos a reconocer los peligros, y a prevenir situaciones críticas para la salud social. Un adulto responsable es aquel que abandona libremente todo lo que le impide permanecer en ese “humus” esencial del que brota toda acción con significado: el sano respeto por los límites del propio cuerpo y el cuidado de su sustento y alimentación, así como del ocio como alimento del espíritu.

Hoy hemos comprendido de modo nuevo que la salud comienza por los intestinos, que como “segundo cerebro” generan el buen o mal funcionamiento de nuestro sistema inmunológico, y esto gracias al conocido Proyecto Microbioma Humano. El kilo y medio de bacterias intestinales que conviven con nuestro organismo ha sido por fin identificado gracias a la tecnología actual que ha logrado cartografiar el microbioma como lo hizo antes de modo maravilloso con el código genético. El consumo de productos industrializados, conservantes y colorantes, amén de todos los químicos que se utilizan para el cultivo y desarrollo de alimentos, ha quedado expuesto como una de las principales con-causas de infinidad de enfermedades: no solo problemas digestivos, sino procesos inflamatorios, inmunitarios, cánceres, e incluso depresión y autismo. La incidencia del cáncer, por ejemplo, ha quedado desnudada en una reciente investigación del doctor Peer Bork, director del grupo de bioinformática del EMBL (Laboratorio Europeo de Biología Molecular) en donde se puede advertir la fuerte correlación existente entre microbiota y riesgo y progresión de cáncer de colon. La misma relación fue encontrada por Robert Schwabe, de la Universidad de Columbia, entre cáncer de hígado y microbiota.

¿No es nuestra mala alimentación una señal de nuestra enrarecida relación con nuestro planeta? La deforestación a mansalva, el uso abusivo de químicos, el uso de sustancias contaminantes para el normal intercambio de bienes y servicios, el calentamiento global concomitante, y toda la problemática medioambiental –que no pretendo sintetizar sino solo dar algunos ejemplos–, ¿no se resume en que producimos mal y consumimos peor? La tendencia adictiva de las harinas y de los azúcares refinados –por no hablar de esa verdadera pandemia social que es el alcohol–, ¿no es una señal de que nos hemos extralimitado, y de que ahora somos prisioneros de nuestros malos hábitos y de que nos hemos vuelto incapaces de rehabilitarnos?

Podemos afirmar que una primera señal de cambio para un adulto que pretenda verdaderamente mejorar su calidad de vida, está no en hacer una dieta restrictiva, sino en transformar su modo de alimentarse, su modo de vincularse con el propio cuerpo y, en definitiva, de amigarse con el medio ambiente y de transformarlo nuevamente en una casa para el hombre. Quien logre una buena puesta de límites a los factores de riesgo alimenticio, prepara su espíritu para la tarea esencial de su rol de cuidador. No en vano la primera tentación de Jesús en el desierto es “dile a esta piedra que se convierta en pan”, adquiriendo así la alimentación un carácter arquetípico en la problemática del hombre de todos los tiempos.

Por otro lado, vivir en la sociedad del agotamiento, como la llama Byung Chun Han, es vivir para trabajar, y hacer de la maximización del rendimiento la meta única de nuestra acción productiva. Hemos perdido el ocio, y la capacidad de contemplar, y nos hemos vuelto los peores amos de nuestros cuerpos esclavizados por un trabajo demoledor que no nos da respiro. Y ni hablar de las graves dificultades sociales producto del desempleo y la pobreza, factores determinantes de una depresión social ante la ausencia de algún proyecto histórico que percibamos viable y en el que podamos creer.

Contemplar, volver a percibir lo bello, darnos un baño de gratuidad e inutilidad frente a un cuadro, una música selecta o un buen libro. Recuperar la tradición orante de occidente, re-aprender el idioma de la *Lectio* espiritual de la Escritura, como fuente de agua pura para el espíritu. Beber del propio pozo, volver al hogar del propio corazón. Ya lo decía Romano Guardini: contemplar es, sin dudas, una de las necesidades más urgentes y decisivas de nuestra época.

Límites y asertividad

La puesta de límites es el arte de ejercer nuestro rol de adultos. De la raíz del auto-cuidado responsable brota la capacidad de hacernos cargo de

otros sin violencia, y sin dejarse manipular. El arte de la auténtica puesta de límites implica tanto el respeto de los derechos propios del cuidador, como el de aquellos que son cuidados. Si prevalece el derecho y el sentimiento del cuidador sobre el niño/adolescente aparece la conducta hostil, que puede ir desde la descalificación indirecta al insulto denigrante, de la amenaza desproporcionada a la violencia física. Si prevalece el derecho y el sentimiento del niño/adolescente por sobre el adulto aparece desde la simple constatación de los hechos a la mera interrogación de los motivos –como si el niño los conociera–, desde el ruego o la súplica descalificadora del propio rol, hasta la negación psíquica de los hechos o la claudicación de todo nuevo intento de poner límites, por cansancio y desgaste de nuestra función.

Asertividad es la simple manifestación de la conducta que esperamos de nuestros hijos. Es la anunciación clara de la ley, y de las consecuencias de la transgresión. Y es la firme decisión de sostener nuestras palabras con hechos. Y todo esto, he aquí la nota fundamental, sin perder el contacto emocional con ellos. La palabra se vuelve sanadora, instauradora de un orden que abarca tanto al que emite la norma como al que la cumple. Al ser acción de cuidado, más allá de las resistencias y de las dificultades lógicas de aceptar los límites, ésta acción se vuelve apaciguadora tanto como la posibilidad de interiorizar una ley que poco a poco se irá transformando en auto-regulación. Es esta interiorización de la ley, vivida en relación a un modelo firme y amoroso que la representa, la que permitirá el surgimiento del deseo de identidad personal, contrapuesto al goce narcisista que se consume en su propio fuego libidinal.

Este es un trabajo ciclópeo, es un arte del amor, que supone una buena energía agresiva, fuente de todo sostén y de toda perseverancia para realizar una obra grande. La tendencia narcisista nos aprieta a todos, y la sensación de fugacidad del tiempo –pequeña réplica de el tan mentado fin de la historia– nos aqueja por doquier. Es imprescindible que volvamos a amigarnos con la temporalidad y su decurso, y que permitamos que su mano maestra vaya esculpiendo en nosotros la necesaria imagen del rostro adulto. Necesitamos la palabra adulta como el pan, para que su asertividad sanadora calme los ánimos violentados y reanime la esperanza.

Pero solo podremos cumplir nuestra responsabilidad histórica si permanecemos bien alimentados corporal y espiritualmente. Como una pre-eucaristía que anticipa aquella única capaz de saciar el hambre y la sed del hombre. Realismo ante las amenazas, magnanimidad fuerte y humildad compasiva como aceptación lúcida de nuestro rol de adultos: he ahí lo que esperan de nosotros las nuevas generaciones, lo sepan o no.